

A. Labarca Hubertson

Un novelista pedagogo: H. G. Wells

TRADUCE a su medio y a su época. Es lo que se ha repetido de muchos autores con elogio holgado. Aplicarlo a la obra de Heriberto Jorge Wells paréceme cosa pequeña. Este hombre no me produce la sensación de que discurra sobre nuestros asuntos como un impasible testigo. Es un actor en nuestro drama y al lado de nosotros le sentimos luchar denodadamente. En sus postreros libros mueve personajes que sufren de nuestras propias tribulaciones y en medio de sus apasionantes cuitas, escuchamos a Wells que perora, conmina y profetiza.

Las cuestiones pedagógicas le han desvelado al igual que a todos nosotros. Este afán educador es uno de los subproductos de la guerra del 14. Olió a podrido en la humanidad. Políticos y pensadores, redondos los ojos de terror, rezaron un *mea culpa* e hicieron promesa de reformar el mundo, principiando, naturalmente, por esa incubadora de niños de la cual tantas frases grandilocuentes se pronuncian en los discursos oficiales, y nos aseguraron que de una escuela reformada iba a surgir esta vez, bella y sin pecado, la fauna humana del porvenir. La reforma integral e instantánea de los sistemas didácticos ha sido una panacea que están recetándose hoy muchos pueblos dolientes...

Wells ha comprendido a la vez la trascendencia del problema y sus inauditas dificultades. A ventilarlas ha consagrado

tres obras. *Sanderson, un gran maestro* es la exaltada pero verídica biografía del director que trastornó las formas arcaicas del colegio de Oundle con toda la acometividad y la abnegación de un apóstol. Es un texto didáctico y como tal le he analizado en una obra de índole semejante. *Nuevas orientaciones de la Enseñanza*.

Los otros son novelas: *La llama inmortal* y *Juana y Pedro*.

El primero es el libro de Job de los educadores, el que nos introduce en las congojas mortales de un maestro que siente con terror bambolear el edificio de toda su vida. El segundo considera la cuestión desde el punto de vista de quien busca para sus niños la mejor escuela y tarda en encontrarla.

Dije tres; mas estoy por añadir un cuarto libro que, aunque no establece claramente que tiene por preocupación la docencia, es en el fondo una novela que complementa la ideología de las ya citadas: *La Investigación Sublime*.

LA LLAMA INMORTAL

Dios y Satán prologan, de imprevista y desconcertante manera, esta novela del siglo XX. Sus figuras, el espacio infinito en que se mueven, los temas que abordan, están pintarrajeados con una grandiosidad humorística que entre burlas y veras dejan silenciosamente escurrir el símbolo:

Había en el país de Hus cierto hombre llamado Job.

—Sí, nos acordamos de él.

—Hicimos una especie de apuesta—continuó diciendo Satán...—. ¿He perdido o ganado?

—Vos perdisteis, Satán—gritó una gran figura luminosa que llevaba un libro en la mano. Tratábase de saber si Job renegaría de su fe en Dios y le maldeciría. Se le afligió de mil maneras y en particular por la conversación de sus amigos. Pero en el hombre hay una llama que no se extingue nunca...

Satán reclinó el sombrío rostro sobre su mano y contempló entre sus rodillas, a través de la techumbre transparente, el pequeño remolino de éter que constituye nuestro mundo.

—Job—dijo,—vive aún. Luego, tras una pausa, agregó: Ahora el mundo entero es Job.

Dios, Satán y el Mundo. Entre la infinita variedad de hombres, Wells echa mano de un director de escuela para esculpir a este nuevo justo. Acaso porque entre los maestros de encendida fe sean muchos los que en estos minutos tempestuosos elige Dios para probar con miserias, desengaños y dudas.

El personaje de *La llama inmortal* es nuestro antiguo amigo, Sanderson, el del colegio de Oundle, que aquí, novelizado, se apoda Mr. Job Huss, rector del establecimiento de Woldings, tanton. Después de haber gastado sus más fecundos veinte años en el mejoramiento de la obra educativa, Mr. Huss vive el instante de la suprema prueba. Intentan arrebatarse la dirección de su escuela, por estimar que sus ideales y sus métodos han fracasado, en circunstancias de que aún no cicatriza su duelo por la pérdida de su hijo en la guerra, de que se siente enfermo y constreñido a someterse a una intervención quirúrgica de pronóstico muy poco esperanzado y—lo que también es difícil de sobrellevar—que su mujer, a quien la muerte del hijo ha vuelto gruñona y neurasténica, le acosa con esas menudas e insignificantes querellas que bastan ellas solas para amargar cualquier vida....

Como el Job del país de Hus, vacila. Para qué vivir, si como profirió éste, «el hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece»? El suicidio tentador le alucina:

«Simulando bañarse se hundiría en el lógamo hasta las capas más profundas. Se comportaría entonces como un hombre presa de un calambre... Lo más, cinco minutos de asfixia; luego, la paz; la paz eterna! ...No—se dijo en súbito acceso de energía—; lucharé hasta el fin!».

La novela carece de trama. Es nada más que la controversia vehemente del maestro con los tres amigos que, por móviles egoístas distintos convergen en pulverizar su fe. Sus ideales habrían sido falsos y sus métodos estériles. (Entramos de lleno en una discusión pedagógica mas, antes de examinarla, consideremos un instante el tipo de hombre que Huss representa.)

Falta escribir la tragicomedia del maestro, por humilde, repetida y vulgar, no menos dolorosa. *La llama inmortal* nos revela sólo alguno de sus aspectos. Sueña en dirigir por los caminos que cree los mejores el alma creciente del muchacho, y se consuela de todas sus pequeñas miserias, recreándose en la visión de las virtudes futuras en que va a florecer su alumno, y cuando menos lo espera, una predisposición oculta, un pasajero encuentro, un suelto del periódico, un trozo de celuloide proyectado en la pantalla, minan secretamente toda su obra.

¡Y luego, la cárcel del ejemplarismo! El reconocerse, como todos, lleno de pasiones, desde las primitivas que soliviantan los grumos seculares, hasta las epidérmicas que una visión de arte conforta y que una nada irrita, y vestir, sin embargo, ante el interrogatorio de las transparentes pupilas de los niños, la capa del hombre ejemplar. La disciplina del carácter, el enfocamiento de todas las energías espirituales sólo hacia lo que le permite una sociedad que es a un mismo tiempo su ama, su censora y su inferior; el continuo alisarse todas las rugosidades para planear magníficamente por encima de la ira, del despecho, del apasionamiento, todo ello sería posible cuando al servicio de un ideal tangiblemente definido, campease una voluntad que no desmayara jamás. Es decir, precisaría ser héroe o santo. Madera para tallarlos escasea en el mundo.

¡Trágico destino el de aquél que comprende las exigencias de su misión y se mira incapaz de cumplirlas; grotesca creatura la que se cubre con esas casullas santificadas para ocultar el pobre diablo que es!

Y como canta Darío: «Y la carne que tienta con sus frescos racimos», y la sociedad que incita a la idolatría del becerro, y la juventud que se vive una sola vez!...

Así andan fabricadas las tentaciones con que Job se sublimiza. No son éstas, sin embargo, sus más ácidas pruebas. Es la congoja de sentir que flaquea la convicción en la virtud de la propia obra, el vislumbrar un instante que tanto sacrificio ha sido sin fruto. Es el trance que elige Wells para ponernos en comunicación con el maestro de Woldingstanton.

Discute desesperadamente. En la posibilidad de encontrarse a un paso del más allá, enfrentando todo su destino, intenta apartar de sus labios la copa de la desilusión vital, que sería peor que la muerte. Pasa revista a sus convicciones como un oficial que cuenta uno a uno sus soldados; los examina, los defiende hasta convencerse él mismo de que no son falaces ídolos de cartón.

Estos ideales de vida que cimentan su obra educadora están, en parte, derivados de las doctrinas pregamatistas de William James y en otra constituyen una curiosa versión moderna de las antiguas enseñanzas estoicas. Al americano le debe su entendimiento de la divinidad, el creer que el universo que habitamos está aún en su génesis, que Dios no ha concluido todavía su obra creadora y que ha señalado al hombre la tarea divina de colaborar con Él en el advenimiento de las supremas perfecciones. La llama inmortal, el ansia de lo mejor, espíritu celeste escondido en nuestra arcilla y que nos sustenta en esta empresa de siglos, es la versión en otro símbolo de lo que los viejos estoicos denominaban la «razón del mundo».

«Yo he creído siempre—afirma Huss—,he creído siempre y enseñado que lo que Dios exige al hombre es que aune sus fuerzas para trabajar con Él y para comprender la vida».

Sobre estas bases filosóficas, erige, orienta y ordena su obra, tanto desde el punto de vista de la función educativa, como del método que ha de emplear con sus alumnos.

«¿Cuál es la tarea del que enseña? Es la más alta de todas las funciones. Tiende a asegurar el progreso del Hombre divino en las almas humanas. ¿Qué es un hombre ineducado? Nace como las bestias, amalgama de egoísmos ansiosos y violentos deseos, criatura de pasiones y temores. No sabe ver las cosas sino en relación con él. El amor mismo no es para él sino compraventa. Su máximo esfuerzo es pura vanidad, pues debe morir. Sólo nosotros, los educadores, podemos elevarle por encima de esta preocupación de sí mismo, podemos libertarle e introducirle en un círculo más amplio de ideas que le rebase, y en el cual pueda, al fin, olvidarse completamente de sí mismo y preferir sus miserables fines personales. Podemos abrirle los ojos para que comprenda el pa-

sado y el porvenir y la vida inmortal de la Humanidad. Y así, gracias a nuestra intervención, escapará a la muerte y a la frivolidad. Un hombre sin educación está tan solo, tan aislado de sus fines y en sus destinos como cualquiera otra bestia; un hombre educado es el que se liberta de esta estrecha prisión del yo y es copartícipe de una vida inmortal que ha empezado no sabemos cuándo y que se desenvuelve por encima y más allá de las estrellas...»

Sus oponentes contradicen con argucias que dijéramos oídas denantes no más, en cualquier círculo pedagógico. Por boca del magnate Eliphaz Burrows, hombre que se cree moderno, porque ha inventado la themanita (un extraordinario material de construcción), habla la plutocracia conservadora, revocando con cemento Portland las pertinaces sillerías del pensamiento medieval. Esta vida no es más que una sala de espera a donde nos ha de venir a buscar un ujier—la muerte—para llevarnos a una «realidad más vasta donde todas las crueldades, todas las incoherencias serán explicadas, justificadas y reparadas». Y como en esta sala de espera lo más importante es que debemos nutrirnos y abrigarnos, tarea que exige dinero, en el colegio debe estudiarse «en primer lugar el comercio, en segundo lugar el comercio y en todo tiempo, el comercio, y enseñar a los alumnos a trabajar. Eso es lo que necesitamos».

William Dad, el otro contendor, defiende el cientismo moderno. José Farr, catedrático de ciencias físicas, exuda el desprecio a la historia, las letras y la filosofía, propio de los hombres que no son capaces de elevarse por encima de los fenómenos a la región de las maravillosas y fecundas hipótesis que abarcan los espacios y los tiempos.

A estos tres personajes que le acorralan con sus desconfianzas, se agrega, en el curso de la escena, el médico que le prepara a la operación y de él, hijo de la ciencia positiva, vienen los más agudos estocazos:

«El señor Huss se entrefiene en un juego de palabras. Nos habla de una llama inextinguible, de un espíritu divino en el hombre... ¿No es extraordinario que ninguno de nosotros, excepto el Sr. Huss, se haya enterado de él? No sé qué pensarán Uds.; pero, por mi parte, me disgusta que se haga de mí, sin mi consentimiento, una parte de Dios unida al Sr. Huss! Prefiero quedar siendo

yo... Soy egoísta de mi naturaleza. Y agnóstico. Es decir, un hombre que acepta plenamente los límites asignados a la inteligencia humana, que toma el mundo como lo encuentra y se niega a ir más allá... Los hechos... Yo no creo más que en los hechos. ¿Qué veo en torno mío? La lucha por la existencia. Yo me planteo entonces un problema muy sencillo y muy claro, ¿por qué tratar de ver lo que hay detrás? Ella me ha hecho. La observo y la estudio. Ella me ha erguido como un muñeco en el tiro al blanco e intenta continuamente derribarme. Por mi parte, hago lo que puedo para eludir sus golpes. Reproduzco mi especie tan abundantemente como me lo permiten las circunstancias. Imprimo cuanto es posible mi huella en el universo... He aquí, pues, mi evangelio: «Enfrentaos con los hechos». Tomad el mundo como es y tomaos a vosotros mismos como sois. Ahora bien, el hecho esencial que hemos de mirar cara a cara es éste: el Proceso (evolutivo) no toma en cuenta nuestros deseos, nuestros temores, nuestras ideas morales, ni nada parecido. Nos pone de pie, nos prueba y si de la prueba no salimos victoriosos, nos tumba, y he ahí todo. Esto no es justo quizás a la luz de las pequeñas normas humanas; pero es justo a la luz de los átomos y de las estrellas. ¿Cómo, pues, debe dirigirse la educación? Enseñadles lo que es el mundo, enseñadles todas las reglas y todos los trucos del drama, todos los que la humanidad ha descubierto y decidles: *sed vosotros mismos*. Sed vosotros mismos hasta la médula. Entregaos enteramente al Proceso. Si el Proceso os necesita, os aceptará, si no, desapareceréis. En eso no podéis nada. Sois quizá el pedazo de mármol que subsistirá en la estatua, sois quizá el que será desechado. Ahí no podéis nada. *Sed vosotros mismos*.

Esto nos coloca en la encrucijada de las dos perspectivas más importantes en toda obra educadora. ¿Creemos o no que la vida tiende a un fin y el paso del hombre sobre la tierra al de cooperar al triunfo último de algo que llamamos espíritu, algo que incita a luchar contra las fuerzas que nos arrastran hacia la bestialidad? Enseñan los biólogos que las variedades artificiales de los seres vivos tienden a retornar a la normalidad de la especie de la cual salieron. Así, el hombre. Surge sobre la corteza terráquea como una rara variedad de mono con un cráneo más amplio y un tejido gris más extendido en múltiples anfractuosidades, y, junto con ello, algo que apellidamos conciencia e intelecto. Y danza, al través de los siglos, en la cuerda floja de sus inclinaciones, atada, por un extremo a la bestia y del otro a un ideal que a veces apoda Dios y otras, llama inmortal, fuego sagrado, razón del mundo e imperativo categórico.

«Sed vosotros mismos» es, al fin y al cabo, la fórmula que

exige el menor esfuerzo; es la del pasivo del cual, por cierto, existen todas las variedades, desde las nobilísimas de un Epicuro hasta las del degenerado infeliz que es «*él mismo*» en el fango en que le place solazarse.

Pero ni Wells ni Job Huss son epicúreos. Defienden un estoicismo a la moderna, en que se oye trepidar de motores y voltear de hélices, pero que repite el inglés del siglo veinte lo mismo que Epitecto, el esclavo, y que Marco Aurelio, el emperador. Lo que estos comprendían por fuego del mundo o razón universal, aquello que hermanaba a todos los hombres y les permitía ser—esclavos o emperadores—conciudadanos de un mismo imperio de la razón, eso que incitábales a resistir, a luchar, a erguirse contra el destino y las pasiones, eso es la llama inmortal.

¿Quién que no haya leído a los estoicos (recordemos a Epitecto: «Nuestro bien y nuestro mal no están más que en nuestra voluntad»), no escucha una similitud extraordinaria en el acento en que se expresa y estas palabras de Huss?:

«De siglo en siglo, Job se queja y se quejará siempre. De siglo en siglo la llama de su fe arde, vacila y amaga extinguirse. Pero ¿las quejas de Job son realmente justificadas?... Las tinieblas y la inclemencia, el mal y la crueldad no son más que retos lanzados al hombre. En vosotros reside el poder de dominar todas estas cosas... ¡Ten valor! Del valor que haya en tu pecho depende todo. Por el valor, siguen las estrellas día y noche su curso. Sólo el esfuerzo que reside en la vida mantiene el firmamento y la tierra en su sitio. Si faltase la intrepidez, si esta llama sagrada se extinguiese, todo flaquearía y se extinguirían el bien y el mal, el espacio y el tiempo».

Dudo que para un maestro de verdad haya alternativas más preñadas de consecuencias que éstas a que nos conduce la filosofía de la educación. De aquella que se elija depende el alcance de la obra pedagógica. Si no fuera nada más que porque Wells ha señalado con frase incisiva, con simbología a veces oscura, pero de extraordinario valor sugerente, y con apasionada convicción, estas cuestiones que son tan de actualidad hoy como en todo tiempo, tendría un mérito conquistado para la atención de los educadores.

No se ha detenido, sin embargo, aquí, en cuanto pedagogo. *Juana y Pedro* constituye un significativo complemento a estos afanes de reformar el mundo por medio de la escuela.

JUANA Y PEDRO

Retozan en las páginas iniciales de la novela como dos rapazuelos soleados y prestos a encenderse en las más encumbradas pirotecnias de la imaginación. Les emparenta un poco la sangre y un mucho, lazos sentimentales de sus mayores. La súbita muerte de los padres del niño les deja bajo la tuición de unas pintorescas y estrafalarias tías y de un padrino, Osvaldo Sydenham.

A este hombre, guardia marino ágil, bello y afortunado, le voló una granada egipcia parte de un brazo y la mitad de la cara. Una cicatriz horrenda que apuntaba hacia un ojo de cristal le trastrocó en una figura heroica—con una gran cruz de Victoria en el pecho—pero bastante difícil de mirar sin un calofrío. Esto le acontecía a los veinte años, cuando la facilidad de amor que le brindara su belleza, le había habituado mal. Le sobrevienen horas de maceramiento amargo, de deseos turbulentos, de tanteos infructuosos para hallar el camino decente que le saque de su fango íntimo, hasta que en un rato de coraje toma la resolución de huir de Picadilly. Se hace explorador. Los desiertos fueron siempre los refugios de los grandes arrepentidos, pero éste no va a meditar en Dios como un Estilita. Pretende servir a su mundo, allí donde los dominios británicos extienden sus antenas para conquistar nuevas tierras a la cultura de occidente.

Blantyre, Tanganica, Uganda, sitios de coraje alerta, de fascinación y de grandiosa soledad, fueron curando a la vez su físico y su moral estropeados.

En la rutina frívola de las grandes capitales perdemos poco a poco el concepto de lo que constituye la esencia de la vida y el fundamento de nuestra civilización. El té de las cinco, las recepciones sociales, los estrenos de la temporada, el bridge, el

tennis y el flirt van consumiendo los días, sin dejar tiempo para considerar ni el destino propio ni la corriente de esta cultura nuestra que nos arrastra vertiginosamente. Al borde del desierto africano cualquier Osvaldo Sydenham se hace filósofo, político y hasta sin saberlo, constructor de su imperio.

Cuando el paludismo le retornó a Inglaterra, muchos años más tarde, el sol del Africa había borrado gran parte de sus deformidades faciales, dejándole el aspecto de un imponente ídolo tallado en madera roja, y las meditaciones con que había desbastado su experiencia, le convertían en uno de esos seres extraordinarios cuyas convicciones son talmente el producto de su elaboración interior, como la sangre, de su organismo.

Los vaivenes de la existencia colocaban dos pequeñas criaturas bajo su tuición. Dada su filosofía podía pensar en otra cosa que en prepararlas para que luchasen magníficamente por la libertad, el bienestar y la belleza del mundo.

Pedro tiene cerca de diez años y Juana un poco menos. Han asistido, como pintiparados muñecos de carne y hueso, al colegio elemental de «San Jorge y el Venerable Beda», donde una Miss modernista, que ha ingresado a la carrera de maestra a consecuencia de un desengaño amoroso, ensaya con los niños el último «grito» en materia de modas didácticas, sin saber más de psicología infantil que cualquiera de nosotros del Corán. Felizmente, la escuela está en el campo. La nieve, el sol, el bosque y las ardillas están allí para deshacer los entuertos de la enseñanza.

A continuación de una serie de aventuras dolorosas, Pedro había sufrido, además, el internado de High Cross, dirigido por un Mr. Mainwearing, quien

«naturalmente, no tenía la menor noción de pedagogía. Respecto a la educación no poseía ideas de ninguna clase, ni el menor elemento de filosofía social. Nunca se le ocurrió preguntarse por qué vivía, ni cuál era su misión en este mundo. (Sin duda, su instinto le advertía que su respuesta sería desagradable para él). Mucho menos se le ocurrió preguntarse cuál sería el destino de sus alumnos. Y tampoco se le pasó por la mente pensar que estas deficiencias le inhabilitaban en absoluto para la educación de la juventud.

Ningún trabajo de los que se verificaban en la escuela tenía el menor interés; en la rutina cotidiana había frecuentes interrupciones, durante las cuales, los niños se entregaban a la ociosidad. Así, era inevitable que los mayores se convirtieran en perversos holgazanes, dedicándose a asustar, atormentar y corromper a los más jóvenes. Estos, naturalmente, hacían todo lo posible por congraciarse con aquellos extraños y poderosos gigantes. Los mayores se apoderaban de los pequeños, se los anexionaban materialmente y, a cambio de la protección que les dispensaban, les exigían ciega obediencia.

¿A qué seguir explicando más? Esa atmósfera de ocio y de secreta corrupción de los internados era, por desgracia, tan difundida aquí como en Inglaterra...

El padrino Osvaldo interviene en este instante. Va a buscar para los niños la mejor escuela que el imperio, la época y el avance de las ciencias puedan proporcionar.

Por cierto que una gran dosis de humorismo salpimenta las escenas por las cuales Wells nos hace transitar en la rebusca del colegio. ¡Qué tipos de huecos, qué exhibición de vanidades pequeñísimas en los hombres y de fastuosidades estériles en los paraninfos y en las academias! ¡Qué absoluta carencia de orientación, sobre todo! Humorismo que llega hasta la carcajada irritante provocada por la inepticia humana, humorismo que collinda con la aprensión de cuál va a ser el futuro de nuestra historia si se estraga así a la juventud, humorismo que, como decíamos al comienzo, lleva envuelto el anatema y la profecía.

«¿Es que sólo vamos a ser un pueblo acaparador y ávido de lucro, porque no tenemos la educación necesaria para ser un pueblo director? ¿No vamos a ser mejores que Roma y Cartago? ¿Estamos condenados a saquear las primicias del mundo? El pillaje o la educación: este es el dilema de todo imperio».

Mas los maestros que visitaba, los oficiales del Ministerio a quienes recurría para que le informasen, llegaban a ofenderse de que este raro señor se atreviese a preguntarles:

«¿Qué clase de niños intenta Ud. formar? ¿En qué se diferenciarán de un niño no educado?... ¿A qué conduce la educación que dan Uds? ¿Cuál es su designio? Esta es una escuela preparatoria en la cual Uds. ponen los cimientos de una obra. Pues bien, ¿con qué objeto inician Uds. esta construcción?»

Nada hay menos místico que un sacristán. Y así ocurre en este sagrado oficio de enseñar. Los que le sirven rutinariamente concluyen por olvidar a Dios para pensar sólo en la cera de las velas, en el sabor del vino y en las monedas de la colecta. Sometiéramos a una decena de profesores al interrogatorio de Sydenham y a nueve les veríamos igualmente ofendidos que sus cofrades ingleses por la impertinencia de las preguntas. Sólo de tarde en tarde, toparíamos con uno que, a semejanza de un Mr. Mackinder, director de un colegio particular, cuando el calor-cillo de una buena mesa y la chisporroteante compañía de unos sorbos de champán hacen saltar el corcho de las confidencias, confiese su inmensa desilusión:

«Él había leído y estudiado todo lo referente a la enseñanza; había trabajado por una remuneración mezquina en escuelas que parecían animadas y eficaces, y finalmente, con su dinero había fundado su propia escuela. Tropezó con las más enormes dificultades para reclutar su personal.—¿Se podría esperar otro resultado?—dijo.—Apenas les damos más sueldo que a un dependiente de comercio. ¿Qué esperanzas, qué entusiasmo puede tener el maestro por su trabajo? Creí que podía hacer una escuela muy distinta de las demás, y me encontré con que apenas conseguiría hacerla como las mejores. Nunca imaginé la inmensa resistencia que opondrían los padres a mis ideas innovadoras. Estamos en un mundo que no admite más cambios que los terremotos y las epidemias. Traté de suprimir los exámenes. No pude. Traté de rodearme de un profesorado competente. No pude. Tuve que aceptar las cosas como estaban, resignarme a ser lo que quería que fuese.

—¿No podría Ud. resistir algún tiempo? Intente la experiencia reduciendo a un *mínimum* los gastos de la escuela.

—Sería lanzarme a la ventura. Ud. es soltero, Mr. Sydenham; no tiene hijos a quienes mantener.

—No—contestó secamente Osvaldo.—Pero tengo dos pupilos. Y, después de todo, no es asunto de hoy, sino de mañana. Si el mundo se fuerce por falta de educación... Si no se la da Ud. a sus hijos, ellos serán los perjudicados.

—Mañana, puede ser. Pero antes hay que pensar en hoy. Tengo que amoldarme a mi tiempo.

Extendió las manos sobre la mesa.

—El día de San Hilario hará veintiseis años que inauguré mi escuela. Y parece que fué ayer. Entonces me pareció que mi obra iba a ser memorable. Y me entregué a ella en cuerpo y alma... Fué lo mismo que saltar a las cataratas del Niágara. El torbellino me cogió, me zarandeó de un lado para otro.

Ayl

—El tiempo está en nuestra contra—repuso Osvaldo—. Yo creo que la próxima época glacial nos cogerá antes de que estemos dispuestos a luchar contra el destino.

—Si quiere Ud. ver las generaciones precipitándose al abismo como torrentes, como torrentes—dijo Mr. Mackinder—, ponga su corazón y su vida en una escuela....»

Con maestros excelentes o sin ellos, los niños crecen. No esperan a que el mundo les mejore sus enseñanzas. Sydenham les colocó, al fin, en los colegios que le parecieron menos arcaicos, no obstante lo cual, hubo de convencerse muy pronto que las asignaturas que ofrecían, poquísimas tenían que ver con los conflictos del hombre actual y menos aun con los problemas del futuro. Era como si se empeñasen en conservar a la juventud en una atmósfera de invernadero... Y entre tanto, la vida les obligaba a despejar incógnitas muchísimo más complicadas y trascendentales que las manejadas en el colegio. La adolescencia con sus ensueños fantásticos y apasionados, la primera juventud con sus demandas vehementes y su volcánica atracción hacia todo ideal, las exigencias de los sucesos mundiales que vivimos y en cuyo desarrollo, quieras que no, tenemos que alistarnos como oficial o como soldado, les sorprendían desorientados, ciegos.

Ya antes de retirarse de las universidades, Pedro y Juana comenzaron a deslizarse por el camino de los muchachos ricos de Inglaterra, cuya vida, salvo detalles menudos, es la misma de todas las juventudes de este decenio. Flirt, gran afectación de independencia, *charleston*, deportes, atisbos de arte o de ciencia de cuando en cuando, y un torbellino social en que para ser oído hay que gritar, y para destacarse, hacer gestos grandilocuentes. Reserva para la vida íntima. No tanta que de vez en cuando no se transparente que la libertad ha rayado en libertinaje y que este vicio o aquél no están hincando su diente en el joven o la muchacha a quienes pierde su prematura libertad.

Si no analizáramos aquí sólo a Wells pedagogo, me placería infinito detenerme en el carácter de la niña para la cual Sydenham buscaba la mejor educación, y que a los dieciocho años tiene que desenmarañar su parcela como si toda la expe-

riencia de los millones de mujeres que amaron, lucharon y perecieron antes que ella no hubiesen existido, como si Pedro y ella estuviesen tan solos y tan ignorantes de la vida como Adán y Eva al ser arrojados al mundo. Que tal es casi siempre el lote de las muchachas, que han de decidir su destino antes de saber qué son ellas mismas, qué desean y qué significado tienen sus aspiraciones.

Fué un auxilio para Juana que estallase la guerra. Al principio, pareció no hacer gran caso del grupo en que Juana y Pedro eran los núcleos, pero insidiosamente les fué rodeando hasta precipitarles a todos en su vorágine. A unos les arrebató la vida, a otros el maravilloso equilibrio de la salud, a aquellos les arrojó violentamente de la blanda confianza con que habían anidado en el regazo traidor de nuestra cultura. A Pedro, que fué al frente, le magulló el omóplato y le horadó una pierna, mas le sustrajo, al fin, de la sensualidad dulcemente engañososa y de los días sin objeto que lenta, pero inexorablemente, le arrastraban a la disolución.

A Sydenham, como a millones más, le volvió a desvelar con las incógnitas del futuro del imperio y del presente de la educación. Ahora que sus pupilos se habían independizado de férulas ajenas, veía con más claridad que nunca, la total desproporción entre lo que esperamos de ella y lo que es capaz de hacer, y por qué aún con tanta aparatosa universidad y tanta pedagogía, las naciones no habían podido ahogar en su germen esta guerra que les mordía, despedazaba y trituraba sin piedad.

Culpaba a las aulas por su extrañamiento de la vida intensa, rápida y múltiple que es el lote de nuestros años; maldecía de los profesores que no dan a sus alumnos las instrucciones eficaces para que participen en la conquista del hombre sobre sí mismo, única tarea digna de que por ella se sufran las vicisitudes cotidianas; y comprendía con angustia que la mayor parte de la formación espiritual de las masas, estaba hoy en manos de seres anónimos e irresponsables: políticos, demagogos, escritores, periodistas, fabricantes de películas.

«Cuando Osvaldo medía la influencia que estos elementos ejercieron sobre los niños y los comparaba con los producidos por la educación a que les había sometido, le parecía que el maestro apenas era superior a un enano que quisiera detener con un nudo corredizo los caballos blancos de una catarata.»

Todo esto es parte de una verdad muy compleja. Existen otros aspectos suyos que Osvaldo no valoriza suficientemente. Entre ellos éste: que los maestros no pueden enseñar lo que ignoramos. Los procesos básicos de la vida del hombre son aún hoy para la biología y la psicología más avanzadas, misteriosas incógnitas. En los problemas del atavismo, del temperamento, del sexo, andamos por sobre hipótesis. Ante la descorazonante tragedia de cualquiera de nosotros, cuando más, decimos: ¡pobre! nació con esas contradicciones, es de naturaleza torcida, no es capaz de sobreponerse a su avidez o a su concupiscencia! Es decir, constatamos hechos, pero no sabemos remediarlos, y a lo sumo ofrecemos una de esas recetas tradicionales que dentro de mil años, seguramente, serán estimadas tan lastimosas y tan cómicas como consideramos hoy los conjuros de las hechiceras.

En otro tiempo, la humanidad fué humilde de su ignorancia y se dejó mansamente guiar por la intuición de los iluminados. Hoy, orgullosa, hasta cierto punto con razón, de sus progresos, no admite otros tutores que la ciencia, sin medir que lo que sabemos no nos alcanza para resolver ninguna de nuestras cuitas inevitables y fundamentales.

Wells, en otra de sus novelas, llama a estos tiempos nuestros la era de la confusión. Desde el punto de vista educacional, preferiría denominarla la era de la incoherencia. El sistema escolar de cualquier país es un enano al lado de las otras fuerzas directivas de la conciencia pública. Lo sabemos. Tampoco ignoramos que las antiguas posibilidades educadoras de la religión, las tradiciones y la vida doméstica han disminuído aterradoramente, que la ciencia todavía no puede reemplazarlas, y constatamos que, a pesar de todo, la llama inmortal no se apaga en nosotros y que arde con fulgor de rosa en un día de sol, en el pecho de cien mil elegidos. Sin embargo, en nin-

guna parte se organizan las fuerzas que, unidas, podrían despejar de cuántas zarzas el camino del mañana.

En éste, como en los otros libros que estamos analizando, Wells ha predicado su evangelio de coherencia y de unidad. Es preciso, repite, dar una conciencia colectiva a todas las actividades individuales, cubrir la tierra de una vasta red de instituciones que «trabajen para un fin común, que atraigan a los mejores cerebros y las voluntades más sólidas, que reúnan miríadas de hilos multicolores para tejer la tela común de la civilización mundial».

Así es como hemos llegado desde el caso individual de Pedro y Juana hasta considerar la vasta complejidad del mundo. Para que el maestro deje de ser un enano, hay que emprender la reforma de la educación a parejas con la de cada uno de nosotros y de la sociedad entera, y mientras ésta no despierte a la inminencia de su peligro y a la necesidad de su colaboración, la obra escolar será caduca e ineficaz.

Esta es la síntesis de *Juana y Pedro*. De sus vidas claras que la ociosidad y la ausencia de ideales de la época anterior a la guerra, habían estado a punto de corroer; de sus aventuras, de sus amores, de su florecer como aprendices en la construcción de esa república universal que ya vislumbraron los estoicos y que es el ideal de Sydenham, de todo eso nos cuenta Wells con su estilo disparejo, mal conectado, con digresiones pesadas, con arranques maravillosos, apasionados, y con un humorismo que sabe tanto de las escondidas espinas del corazón, que nos obliga suavemente a deponer nuestra indiferencia y a salir en busca de nuestros yelmos amohosados para acompañarlo quijotescaamente en esta construcción del futuro espléndido que hace espejear ante nuestros ojos. Sabemos que no será la obra de una, ni de diez, ni de cien generaciones, que no veremos sus resultados, mas, bajo su estandarte hemos de enrollarnos, so pena de que nuestra civilización perezca y con ella hasta el recuerdo de lo que fuimos.

LA INVESTIGACION SUBLIME

No se trata aquí de maestros ni de discípulos. De considerar sólo el desarrollo de la aventura, podría inferirse que la novela no admite parentesco inmediato con las que venimos de comentar. Su héroe, Guillermo Porfirio Benham, no erige cátedra de ninguna especie. Simplemente, nutre desde temprano un ideal e intenta realizarlo en la órbita de sus días.

Mas ese ideal es el mismo de Job Huss, de Osvaldo Sydenham, el mismo que hace poco nos invitaba a enrolarnos bajo sus banderas. Job y Osvaldo son los Pedro el Ermitaño, predicadores de la cruzada; Benham es el paladín. Se siente llamado a vivir heroicamente, con la voluntad tendida en un máximo esfuerzo, a construir el imperio universal unificado y coherente, y para esa obra temple y pule el acero mal forjado de su terrestre voluntad.

Benham atraviesa los sucesos ruines, heroicos o trágicos de su vida, investigando las posibilidades nobles del hombre en general y en particular de sí mismo. Desde este punto de vista es la novela del artífice de su propia educación.

Dejemos por falta de espacio, el análisis de la trama, que en este libro es peculiarmente abstrusa e irregular. Indicaremos tan sólo los rasgos sobresalientes en el proceso psíquico del héroe: de qué modo descubre los obstáculos que le apartan de su ideal; su significativa amistad con Prothero, que al lado suyo recorta una figura penosa de Sancho Panza universitario; su concepción de la realeza, y el aparente fracaso trágico de su vida.

Empieza por querer vivir *aristocráticamente*, devolviendo a esta palabra su valor etimológico de selección.

•Yo sé—exclama Benham—que hay una vida mejor que esta chabacanería que nos rodea, que hay una vida mejor que es posible ahora. A ella me refiero cuando hablo de aristocracia... Su modo de pensar es la Ciencia; su modo de soñar es el Arte; su Voluntad es el objeto del género humano».

Muy pronto descubre—lo que otros tardan toda la vida en darse cuenta—que los obstáculos formidables de una empresa semejante, lejos de hallarse fuera, se esconden dentro de uno mismo. Una parte de nosotros es nuestro mayor enemigo.

A estos lastres que nos atan a la comodidad, al halago de los sentidos, a la rutina del menor esfuerzo, Benham los califica de *limitaciones*. Muchas y muy bellísimas páginas del libro están dedicadas a pintarnos las luchas del joven para curarse de ellas. La que aparece más temprano es el *miedo*, desde el miedo pueril a los animales, a las alturas vertiginosas y a las soledades, hasta ese que, como explica Wells es

«fuerza gregaria que nos mantiene en el rebaño, que nos hace volver al sendero frillado, a las comodidades y a las futilidades, que nos impide realizar mil actos intrépidos y afortunados, y nos hace aferrarnos a lamentables refugios temporales que no son, al fin, mejores que trampas».

Sin embargo, no es la limitación más peligrosa. Emplea armas muchísimo más sutiles la *complacencia*. Ella lo coge primero en el agrado de la sociedad de su madre, Lady Marayne, en la molición de la vida de pseudo trabajo de las exposiciones, de los téés literarios y de los cenáculos políticos, y cuando pretende libertarse de sus encantos vacíos, la complacencia le vence de nuevo en el amor.

Para emprender su magna obra de limpiar de tribulaciones y miserias al mundo siente que necesita una compañera. Y Amanda se le presenta llena de viveza, de juventud y de coraje. Se casan. Una luna de miel ardiente, maravillosa y decepcionante... En ella no ahincaba la misma atracción tenaz, porfiada, quijotesca por la vida heroica. Ella quería femeninamente ser feliz, formar un nido delicioso, convertir su salón en el centro de la vida de la capital y a su marido en el sol a cuyo lado ella tuviera el brillo modesto, pero infinitamente seductor, de la luna... Y él determinó dejarla, dejarla en Londres tratando de ser feliz, e irse él, ya caballero andante de la vida heroica, a explorar el por qué de las incompresiones humanas y el modo de remediarlas:

«—¡Pero Cheefah! ¿Cómo puedes dejar a tu immaculado leopardo (Cheefah y Leopardo son los nombres con que se apodan en su intimidad). ¡Gemirías en la selva solitaria!

—Es posible que lo haga. Pero he de marcharme.

—Entonces yo iré también.

—No—repuso él pensando los motivos.—¿Sabes? A tí no te interesa.

—Sí.

—Pero no como a mí... Tú buscas el encanto. Para tí todo el mundo es un espectáculo. Y como espectáculo yo no puedo sufrirlo. Yo quiero poner mis manos en él.

—Pero Cheefah!—exclamó ella. Esto significa la separación.

—Tú llevarás aquí tu vida. Y yo ya volveré.

—Pero Cheefah! ¿Cómo vamos a poder vivir separados?

—Ya lo estamos—repuso él.

El asombro redondeó los ojos de Amanda. Luego su semblante se contrajo.

—Cheefah!—exclamó con voz de dulce angustia—. Yo te amo. ¿Qué quieres decir?

Y avanzó tambaleándose, cegada por las lágrimas, y buscó el cuello y los hombros de Benham para sollozar entre sus brazos.»

Parte a Rusia acompañado de su viejo amigo Prothero, ahora ayudante universitario en Cambridge. Este hombre tiene todos los instintos que apegan a la costra terrestre, es miedoso, glotón, sensual, pero le hacen infinitamente simpático su inteligencia, su admiración cariñosa hacia Benham y el limpio valor de su sinceridad. Se proponen ir juntos a investigar el caos ruso, mas a la verdad que esta primera salida resulta muy desastrosa. Prothero está obsesionado por la carne; contempla el mundo desde el estrecho ángulo de la satisfacción de sus apetitos y todo lo demás le deja indiferente, y mientras Benham se esfuerza por comprender las razones de las luchas, los desórdenes, las ineptias y las incongruencias rusas, Prothero se enamora lamentablemente.

Benham regresa a Inglaterra un poco decepcionado de la compañía y atraído por el nacimiento de su cachorro. Amanda trata de nuevo de retenerlo.

•Esta vez Benham no alegó nada. Había resuelto para siempre aquellas situaciones. Ni siquiera pudo conmoverle una indignada peroración de Lady Marayne que empezó con ruegos y acabó con improperios. Tras aquellas cosas se

alzaba ahora la India. Los enormes problemas de la India se habían apoderado de su imaginación de una manera incommovible. Había visto Rusia y ahora quería contrapesar aquel cuadro con una visión del Oriente.

Se marcha solo esta vez, para hallar a poco que hay en el espíritu del hombre otra limitación más difícil de dominar y cuyas garras él no conocía: los celos. Angustia, tragedia, decepción infinita... Porque en un hombre como éste no son los celos una reacción tan simple como la de matar y me mato. Se infiltran de mil modos diversos en los sentimientos y en los conceptos que nos formamos del mundo, y lo deforman, y lo agrían, y nos dejan ciegos para la serenidad. Se puede decir: ¡Bien! ¡vive lejos de mí tu vida! y creer que ya nos libramos de las mil puntas de su cilicio, pero subrepticamente ellos vuelven, so capa de cólera, de pesadumbre y hasta de remordimientos.

Los dolores se nos aparecen tanto más cruentos cuanto más de cerca nos hieren; mas para Benham los dolores del mundo son también su lote personal; se siente responsable de las matanzas de China, de las hambres de los mineros en huelga, de los *pogroms* rusos y de la ominosa anemia en que se está consumiendo la India. Estas heridas no son para él simples cablegramas de los diarios. Son realidades atormentadoras. Llegado a este punto, descubre que mayor aún que todas las limitaciones anteriores se alza en su camino la de la *incomprensión humana*, la que engendra los feroces odios de razas, las fanáticas intolerancias religiosas, la que avienta sobre el mundo los tizones encendidos de las guerras.

Hay algo en el transcurso de la vida de Benham que recuerda a la vez a Lord Bacon y a Don Quijote. El primero buscaba la verdad y se encontró con que los *ídolos*, es decir los prejuicios, eran los que se interponían entre nosotros y el recto conocimiento de las cosas. Lo malo fué que llegara hasta ahí solamente. Fué un lógico de gabinete. Benham construye un carácter. La verdad le interesa como medio para alcanzar una ética superior, y no sólo para enseñarla sino, especialmente, para vivirla.

De Don Quijote tiene la obsesión por la vida heroica, por desfacer los entuertos de este mundo, y sobre todo, su concepción de la realeza que es en el fondo la misma del caballero de Cervantes.

«Yo veo que el mundo se tambalea de miseria en miseria, y que hay en él poca sabiduría, menos orden y muchas locuras, prejuicios y limitaciones; que las cosas buenas suceden por casualidad y las malas vuelven a cubrirlas y las destruyen, y este es mi mundo y yo soy responsable. En cuanto uno lo comprende, ya no encuentra reposo, tranquilidad ni deleite, excepto en el trabajo, en el servicio, en el máximo esfuerzo. En cuanto mis fuerzas me lo permitan, yo he de *gobernar* mi mundo... Haré poco, acaso no haga nada, pero lo que pueda comprender y lo que pueda hacer he de hacerlo».

Se unge a sí mismo rey entre los reyes del mundo, mas, bien entendido, no de aquellos que están entronizados. La historia —tal como se la refiere comúnmente— habla de monarcas y de dinastías que pasaron como sombra y al mismo tiempo de ciertos hombres, unos oscuros, otros anónimos, los menos honrados, si no en vida, por las generaciones que les sucedieron, y que son los verdaderos reyes, los directores de la conciencia humana, los que desde un laboratorio, desde un taller de Florencia, desde una bohardilla del barrio latino, desde una tienda miserable de óptica en un pequeño burgo holandés, impulsaron el pensamiento, la ciencia, el arte y la fe del hombre. Hermanos suyos viven a nuestro lado y comparten la realeza que ha de conducirnos hacia la claridad de mañana. A Benham, ninguna cosa, excepto tomar su fardo de responsabilidades en este orden de caballeros, puede satisfacerle.

«Los aristócratas—piensa—no se encuentran en las altas posiciones; los reyes no están entronizados y los que están no son más que una ficción, un simulacro; son reyes del vulgo. El rey y el gobernante verdadero es todo hombre que da de lado las cándidas pasiones y el interés egoísta de la vida vulgar en favor del gobierno y del servicio del mundo».

La novela termina con la muerte de Benham. Lo mata quijotescaamente la inepticia y la incomprensión de las multitudes. No alcanza siquiera a escribir el libro que entregaría a los de-

más el sazonado fruto de sus experiencias. Y nos sobrecoge al concluir las páginas un cierto desencanto. Toda la llama inmortal, la educación para la vida heroica, la sublime investigación, ¿de que le sirvieron a Benham, sino de penas? Dejó marcharse a su Leopardo, oscureció la frente de su madre, indirectamente causó la muerte de su fiel y perruno amigo Prothero.

Nadie compartió su apostolado; ni su madre, ni su esposa, ni su amigo simpatizaron con aquella generosa ambición que era el motor único de su actividad. Su muerte lejos de los suyos, en una oscura asonada boer es la cifra y coronamiento de su tragedia. Los que intentan encaminar a la humanidad por rutas más altas, pero más escarpadas, se hallan solos, Vivimos —como decíamos antes— la era de la incoherencia. Ignoramos cómo unir las voluntades más recias y las inteligencias más claras. ¿La educación? Acaso. Acaso la fe.

Abrimos de nuevo el libro y leemos:

«La vida noble es un camino largo, larguísimo que se extiende ante uno. Estamos laborando una nueva manera de vivir para el género humano, un nuevo gobierno, una nueva conciencia. Ha de llevar vidas enteras el edificar, y el deruir y el volver a ensayar de nuevo. Esperanzas y desilusiones y grandes anhelos de filosofía... Mas la nueva caballería, la nueva aristocracia que ha de regir al fin la tierra, está en mí, está en ti, está latente en todo el género humano. Y este es el giro que todo hombre debe dar a su vida si no quiere ser una pobre y vil creatura. En grandes y en pequeñas ocasiones, yo he fracasado mil veces, pero ningún fracaso es durable cuando perdura la fe».

Se disipan algo las nubes de nuestra melancolía, y por lejana, pero muy explicable asociación de ideas, vuelve a nuestra mente la parábola de *La llama inmortal*.

«—Había en el país de Huss, cierto hombre llamado Job...

—Ahora el mundo entero es Job.

—Pero la apuesta no está perdida.»

Perdura todavía la fe.